



CAPÍTULO XXV

HABÍA que acudir otra vez al correo de los amantes; volver á hojear aquellas páginas salvadoras llenas de lágrimas y suspiros y capaces de enternecer al corazón más duro; Demetrio guardaba cuidadosamente el precioso librito, atrapado al chico de la tienda, en el fondo de la cómoda y en una caja que contenía varios papeles de interés, la cédula personal, el recibo de la contribución y el escapulario de hermano de la archicofradía. La noche en que doña Felipa trasmitió al comerciante la respuesta

de Lola, se la pasó el pobre Demetrio dando vueltas en la cama, sin poder coger el sueño, y atarazado por la idea de que no tenía otro remedio que declararse por sí propio á la muchacha. Lo primero que se le ocurrió á Demetrio fué escribir de nuevo á Lola, pero aun á su caletre vulgar se le antojó ridículo repetir su carta, teniendo ocasión de hablar desahogadamente á la niña y esperando ella la conferencia. Pero... ¿cómo salir del atolladero?... El comerciante se sabía de memoria el formulario; todo él estaba escrito en forma epistolar... ¡Ah!... ¡Magnífico!... ¡Eso es!... ¡Nada más sencillo!... Todo se reducía á combinar los párrafos más salientes de tres ó cuatro declaraciones y á endilgar con ellos una sola, que se aprendería de cabo á rabo. ¡Sobervio!... La impaciencia se apoderó del espíritu del pobre hombre. ¡Cuánto deseó aquella noche que amaneciera!... Sin embargo, se levantó más tarde que nunca, dadas las nueve, con gran escándalo de los dependientes, que, acostumbrados á que él abriera la tienda, subieron á preguntar si el principal se

hallaba enfermo... Nada le ocurría, gracias á Dios, sino que pensando en levantarse tempranito, le acaeci6 lo que siempre acontece: que se qued6 dormido á la hora en que se proponía echarse fuera de la cama.

Aquel día no estuvo visible para nadie; se encerr6 en su cuarto; busc6 afanosamente en el librito amatorio las epístolas más tiernas; señal6 con lápiz sus períodos de mayor grandilocuencia, y paseándose por la habitación como una fiera en su jaula, leyendo los párrafos escogidos, cerrando luego el folleto, no sin dejar metido entre las páginas un dedo, en guisa de señal, y repitiendo ó procurando repetir los trozos de memoria, se le pasó la mañana y llegó la hora del almuerzo sin que el bueno del hombre se hubiera dignado bajar por la tienda. ¡El, que no se apartaba del mostrador!... ¿Qué le pasará al amo? se preguntaban absortos los dependientes. Alguno más caviloso se le ocurrió decir: ¿Si estará en quiebra?... tal idea les dejó á todos espantados; y como la mesa incita á la confianza, el dependiente ma-

yor se atrevió á interrogar á su jefe si le había pasado alguna desgracia. Demetrio comprendió entonces su falta de recato, y más encarnado que la grana balbuceó una excusa, que no satisfizo á su gente.

Pero por la tarde fué más precavido, tomó el sombrero y se march6 pian, pian á las alturas de la Moncloa; allí, solo, sin otros testigos que los saltamontes; se enfrascó en su estudio y si alguien pasó casualmente por aquel sitio, acertaría á ver un caballero, que repasaba muy ensimismado alguna lección de suma trascendencia, devorando con los ojos un folleto con facha de cartilla y pegando fuertes manotadas al aire. Semejante paseo en día de trabajo concluyó de escandalizar á los dependientes.

El desdichado Demetrio no contaba, sin embargo, con su timidez invencible, señora imperiosa y despótica de su lengua. Dos noches seguidas entró en casa de Lola decidido á no marcharse sin declararle sus cuitas, y las dos noches no acertó ni á desplegar los labios y se pasó entera la velada

sin hacer otra cosa que mirarla y suspirar, y cuidado que doña Felipa se durmió como si le corrieran por las venas regueros de opio. El comerciante se retiró á su casa nervioso, desesperado y maldiciéndose á sí mismo... ¡Y tan bien como se acordaba de la declaración aprendida!... Una noche se decidió por fin; de aquella no pasaba; él había oído decir que el aguardiente daba un valor extraordinario y al ir á ver á Lola se entró al paso en un café y se bebió una copita de triple anís que le escaldó la garganta; eso sí, pero que efectivamente le prestó unos alientos que ni él mismo sabía de donde salían.

Lola había tenido que abandonar por completo la máquina y se dedicaba ahora á bordar por ganar algo; pero como este algo era insuficiente para comer, los empeños y las ventas continuaban desalquilando la casa y llevándose ropas y muebles, Demetrio adivinó lo que acontecía, y bien repasada su declaración y envalentonado por el caritativo anís, llegó aquella noche á casa de Lola, se sentó á su lado

mirándola con un atrevimiento inaudito y en cuanto doña Felipa comenzó á cabecear, acercó su silla hasta pegarla casi con la de Lola y la dijo por lo bajo:

—¡Tengo que hablarla á usted!...

Lola bordaba un pañuelo; al oír al comerciante la tez empalidecida de la muchacha se coloreó con un golpe de sangre; encendióse toda; se le conoció que hacía un gran esfuerzo por serenarse y replicó al fin, balbuciente:

—¡Usted dirá!...

Demetrio se arrimó aún más, y viéndolo con delcete que doña Felipa dormía con un venerable sueño de canónigo, reconcentró su memoria para acordarse del principio de la declaración. ¡Qué!... ¡Si parecía mentira!... ¡Tenía tan frescos todos los párrafos como si acabase de leerlos!... ¡Y sentía unos ánimos!... ¡Vaya!... ¡Que á él mismo se le antojó inexplicable su timidez de otras noches!... Cierto que le estorbaba en la garganta así á la manera de un nudo, pero... ¡bah!... Tosió dos ó tres veces y se le quitó... Pues señor, había que bendecir á aquel bienhechor aguar-

diente y declararle abogado de los amantes rendidos.

—Lola—comenzó Demetrio un poquito trémulo, con cierto tonillo de muchacho dando lección y siguiendo de memoria el emplasto formado con las cartas del libro—usted, con su claro talento, sabe ya... sabe ya lo que es el amor, esa pasión cruel que reduce al hombre á la simple condición de un niño... El amor, Lola, es... es un volcán, que cuando se enciende en el pecho vomita raudales de lágrimas y suspiros, y que hasta que no halla un eco... un eco en el alma del ser amado, transforma la existencia en una noche sin luna; pues bien... pues bien...

Demetrio paró su carretilla; palideció espantosamente; se le asomó á los ojos un susto terrible; le temblaron los labios; el nudo aquel de su garganta, que había deshecho de una tos, se convirtió en un monte que le tapaba la tráquea y le ahogaba; le entró un sudor frío; sacó el pañuelo, desatentado, se limpió instintivamente y cayéndosele los brazos se quedó convertido en

la estatua del silencio. ¡No sabía seguir! ¡Se le había olvidado el resto de la declaración, pero en absoluto, como siempre, como si le hubieran pasado una esponja húmeda por la memoria!... ¡En vano trató de ensimismarse; en vano volvió á empezar en sus adentros la retahíla; en vano se encomendó á los manes del aguardiente!... ¡Ni una sílaba!...

Lola comprendió lo que al pobre hombre acontecía, y no pudo evitar una sonrisa, que ahogó en el acto, pero no tan pronto que él no la viera, acabando de perder el tino ante la idea de que la muchacha adivinaba su apuro. Su mismo azoramiento le salvó; vínole la reacción; la remembranza de aquella carta entregada el día de los dichos de Juanita, y á la que Lola no había contestado, le acudió á la mente como el rayo de luz que se filtra de pronto en la obscuridad de la cueva indicando la salida; de repente consideró todo lo ridículo de sus palabras; se indignó de haberse dejado dominar por la fantasía; se avergonzó de sí mismo, y con un arranque brusco,

como sacudiéndose de todas aquellas garrulerías falsas y enojosas, exclamó á tropicónes:

—¡Lola... yo no sirvo para estas cosas... yo no se más que llamar al pan, pan y al vino, vino!... Hace meses le dí á usted una carta, y la suplico que me diga lo que ha pensado, si ha pensado algo, porque de su respuesta depende mi felicidad!

Las palabras sinceras de Demetrio, henchidas de la solemnidad augusta que da al acento la honradez y salidas derechamente del corazón, hicieron en la muchacha el efecto de una quemadura. Lola aguardaba la confesión del tendero: ella misma le había exigido que se declarase; estaba dispuesta á admitirle, pero al oír á Demetrio la faltó súbitamente el valor; lo cruento del sacrificio arrolló su voluntad como esas planchas de los emplomados que el viento abarquilla; tuvo un relámpago de desfallecimiento; fué á caer y una borbotonada de exclusiva, de lágrimas, se le agolpó á los ojos y un sollozo enorme la levantó el pecho; pero la inspiración profunda murió en una ex-

piración silenciosa; el llanto se volvió al roncito de los secretos y de las penas llevándose el suspiro, Lola halló un resto de energía para reponerse y con las sienas ardiendo y la lengua torpe por la sequedad de la fiebre, replicó en voz apagada y despaciosa, como el que cobra alientos de cuando en cuando para subir una cuesta muy áspera:

—¡Pues sí he pensado algo y he pensado que... que... que por más que no soy acreedora á la distinción que usted tiene conmigo... como quiera que su proceder es el de un hombre leal, sería imperdonable rechazar sus propósitos, y... y accedo á lo que me propone!... ¡Por ahora no puedo decirle otra cosa!...

Las palabras de Lola fueron para Demetrio el hilo de luz que trae la luminosa mañana; el pobre tendero sintió en el espíritu esa complacencia que se experimenta en el templo cuando bajan al oído, desde el coro, las voces suaves de las colegialas como ecos celestes; aquella respuesta afirmativa, que venía á convertir sus ilusiones en

realidades y á dar forma y vida á sus esperanzas, le dejó atontado; sólo acertó á contestar con el alma entera: ¡Gracias!... Casi le dió rubor de mirar á la niña, y menos mal que á esta sazón despertó doña Felipa de su profundo sueño, y algo más espabilada volvió á tomarla con la calceta. Demetrio, dominado por su cortedad, apenas si cruzó dos ó tres frases con Lola, y únicamente al marcharse se atrevió á estrecharle con fuerza la mano. Doña Felipa comprendió á escape que Demetrio había roto al fin el hielo, pero no se atrevió á preguntar nada la cicatera señora, contentándose con figurarse lo ocurrido por el rostro apenado de su hija, y enseguida que el comerciante se ausentó acostóse doña Felipa, rabiando de curiosidad, más sin hablar palabra del caso.

En cuanto Lola se quedó sin testigos sacó del bolsillo una carta rugosa, la última que había recibido dos días antes de Miguelito Cruz; el estudiante escribiale á su novia una carta iracunda y desesperada, llena á la vez de quejas y reconvenções, destilando

toda ella el amargo goteo del desengaño y acusándola de débil y desleal... ¡Desleal!... Este calificativo, brotado derechamente del alma, y que tenía en sus trazos algo de sollozo, se clavó en el corazón de la muchacha y le produjo una angustia inmensa. ¡Desleal!... ¡Ella, que no había dejado un momento de adorar á Miguelito Cruz, y que le querría siempre, á pesar de todo!...

Lola volvió á leer la carta á través de un turbión de lágrimas, pensando con hondo desconsuelo que no había de volver á escribirle, ni aun para reivindicarse. ¡Ah!... ¡Qué nobleza respiraban aquellos renglones, henchidos de abnegación, pero exentos de toda sensiblería!... ¡El le perdonaba el daño producido, la perdonaba y la deseaba que fuera muy feliz!... ¡Dios mío!... ¡Feliz sin él!... Así estuvo leyendo en silencio largo rato, y luego, enjugándose, con una cinta de lumbre en la frente y en las sienes, desolada, se entró á acostar á la alcoba, en la que ya repercutían los ronquidos de órgano viejo de doña Felipa.



CAPÍTULO XXI

CARTA de Juanita!—dijo la buena señora entrando en el comedor;—el cartero la ha dejado abajo, en la tienda.

Doña Felipa era otra desde que había realizado el sueño de toda su vida: ver á Lola casada con Demetrio. El mes que llevaba aposentada en su nueva mansión de la calle de Postas, entre aquellas telas, que ya consideraba suyas, puesto que pertenecían á su hija, y de las que podía disponer á su antojo, se le conocía á la cicatera mujer en lo lustroso y remozado de su cutis, en lo encendido y rozagante de sus mejillas, en el júbilo que irradiaban sus ojos, en lo satisfecho de toda su persona; diciéndolo gráficamente, cho-

reaba de sí contento y satisfacción... Ella misma lo proclamaba á voces: lo menos pesaba cuatro kilos más que antes...

Lola, muy pálida, con esa palidez mate que da la tristeza y que es como el anuncio de la hipocondria, endilgaba no sé qué labor de *crochet*; al ver á su madre con el sobre en la mano, la preguntó:

—¿Le has abierto?

—No—replicó doña Felipa;—es menester que sepas tú que precisamente subo para que me hagas el favor de leerme la carta; yo ya no veo bien; si he de hablar con franqueza, no sé, como siempre, dónde he puesto las gafas, y no ignoras, además, que las letras de pulga de Juanita no fueron nunca para mis ojos...

—¡Pues trae!... ¡Calla!... ¡Escribe á los dos!... ¡También á mí me envía cuatro líneas!... Leeré primero la tuya...

Así lo hizo Lola en voz alta; la epístola de Juanita reducíase á una protesta de cariño de hija á madre, y como carta de mujer la muchacha refería esos mil detalles adorables, pero nimios,

que son las luces de brillante del carácter femenino; que no ocurría novedad; que se hallaban bien de salud desde la última; que el clima le probaba á pedir de boca; que se ocupaba en hacer una colcha de algodón; que en el pueblo, donde Pepe era secretario del Gobierno, la consideraban más que á la reina; que cómo se componía la compota de cabello de angel; que le enviara la receta de la gelatina... ¡qué sé yo!... ¡un atestado de niñerías!... ¡un tropel de recuerdos y de esperanzas saliéndose del corazón y metiéndose solitos en el sobre!...

Lola terminó con la carta de su madre é imprudentemente, con la mayor inocencia, sin ocurrírsele á su espíritu tenue y diáfano que las cuatro líneas de su hermana pudieran encerrar nada que no fuera transparente y luminoso, comenzó á leer lo escrito por Juanita. Al principio todo marchó bien; los primeros párrafos eran sentidos, llenos de amor fraternal y sin pizca de secreto en sus oraciones; pero otros ojos menos opacos y miopes que los de doña Felipa, hubieran notado en seguida

que, como á la mitad de la carta, Lola se detuvo un momento, vaciló, hizo una pausa de indecisión, se arrebató toda, fingió que había perdido el hilo, y agitada, procurando vencer su temblequeo, titubeando, continuó luego su lectura con un extraño tono y un acento indeciso, como si inventara lo que iba diciendo... Pero doña Felipa no advirtió nada; acabó de oír la epístola de Juanita, y murmurando dos ó tres veces ¡vaya... vaya... me alegro que esté buena!... se volvió á la tienda á sentarse detrás del mostrador, su constante desvelo, mientras almorzaban los dependientes.

En cuanto Lola se vió sin testigos, tornó á leer afanosamente, á puñados, la carta de su hermana, y al llegar al párrafo que había sustituido por otro de su invención delante de su madre, las letras le comenzaron á bailar en el papel á la muchacha. Decía así Juanita: "Sé que voy á causarte una dolorosa sorpresa, Lola; en mis dos anteriores no te indicaba una palabra de ello y ahora te producirá mayor efecto... Pues sábelo: ¡no soy feliz!...

¡Cuántas veces me he acordado de tus prudentes reflexiones y cuantas me ha pesado ya no haberlas oído á tiempo!... Y no es que me falte nada, no... ¡Me doy una vida de reinal... Pero mi marido no es lo que me había figurado, ni lo que aparentaba en esa!... Se ha entregado al juego de una manera atróz, hace vida de soltero, siempre anda de comilona y de bulla con amigos... ¡Se emborracha, y hasta le he sorprendido una carta de mujer!... ¡Lola, esto es lo que más me ha llegado al alma!... ¡En plena luna de miel!... Y Dios me libre de quejarme... Cuando yo le arguyo se enfurece y me pone como un reverendo trapo... No te exagero; me mira un poquito más arriba, pero nada más que un poquito, que al asistente... Lola, tú eres mi hermana, y para tí no guardo secretos... ¿Por qué no he de escribirlo, si se me escapa del corazón?... Nadie tiene la culpa de lo que me sucede sino mamá, ella, que en vez de quitarme de la cabeza mi locura y de abrirme los ojos, me los cerró por completo, me lo pintó todo de color de rosa y me empujó al

matrimonio, como... ¡líbreme Dios de que sea verdad!... pero como si quisiera quedarse sola... No lo dudes... ¡Mamá me ha hecho desgraciada para toda la vida!...“

Lola no continuó; una turbonada de llanto le nubló la luz de las pupilas con un tamiz de lágrimas, y la pobre criatura murmuró con honda pena:—¡Ella también!... Luego se enjugó con premura los párpados y guardó la carta; su marido llegaba; cerca, por la escalerita de caracol que comunicaba la tienda con el piso y que se abría junto al comedor, oíanse pasos de personas que subían despaciosamente los escalones, y la voz de Demetrio, que exclamaba:

—Buen humor tiene usted hoy, mamá Felipa!... ¡Cómo se conoce que ha recibido usted carta de Juanita!

Y el acento fatigoso de la errabunda señora, que tornaba por emésima vez al cuarto y que replicaba, satisfecha, con su tonillo sentencioso de siempre:

—¡Es menester que sepas tú, Demetrio, que una madre es siempre dichosa cuando son sus hijas felices!...

